# SEXTO DOLOR Y GOZO

## Arquelao. — Nazaret.

Audiens autem quod Arquelaus regnaret in Judea pro Herode, patre suo, timuit illo ire: et admonitus in somnis secessit in partes Galileae.
Mas oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de Herodes, su padre, temió ir allá, y avisado en sueños, se retiró á las tierras de Galilea
(MATTH., II, 22.)

TODO ser que está fuera del orden en que Dios quiso que existiera, vive desinquieto y descontento, buscando el principio bueno de que se apartó, unas veces por recto camino, y otras por sendas extraviadas y obscuras. Así, el ave aprisionada vive sin paz en la jaula, lastimándose de su esclavitud y aguardando impaciente á que la puerta se abra, para volar y engolfarse en los aires, elemento donde fué puesta por la mano del Criador. El hueso dislocado vive lleno de dolor y de intranquilidad hasta que la mano sabia del médico lo coloca en su lugar. Así, el hombre criado por Dios para cumplir su voluntad divina y gozar de su presencia, en el punto en que se separa de sus mandamientos, rompe el orden y concierto por la mano de Dios establecido y es un hueso dislocado y do-

lorido sin tregua ni descanso; es un ave, que vive apresada fuera de su elemento, aunque tenga por jaula toda la tierra, y un hidrópico, que vive siempre con nueva y rabiosa sed, aunque tenga para saciarla todas las ondas del Atlántico.

Vedlo, si no; es un avaro que, apartando los ojos de la bondad suma, que es Dios, los coloca en las riquezas y dobla la rodilla, digámoslo así, ante el becerro de oro; luego, el desasosiego se apodera de su espíritu y comienza á quererse olvidar de Dios, y á recelar del amigo y á huir del pariente pobre, y pone en sus labios la mentira y en sus ojos la tristeza del necesitado, y en su cuerpo el vestido miserable y en su corazón el odio á todos los que poseen. *Y á medida que las riquezas se aumentan, crece el amor á las riquezas* (1), y su desconfianza crece y toma proporciones su aislamiento de los que cree que le han de pedir; y su tristeza se convierte en lágrimas que piden, y su vestido se hace andrajoso, y en su corazón se agiganta el odio á los enriquecidos.

Decidme si este ser, que vela de noche sobre su oro, y á quien sobresaltan el viento que silba como el bandido, la madera que cruje como la escala, y hasta la carcoma que roe sus desvencijados muebles, como el ruido del que taladra; decidme, si este ser que á nadie da la mano sino á las víctimas que sacrifica, no es un ser apartado del sendero que conduce á la felicidad; y un sediento á quien no podrán saciar la sed de dicha todas las aguas de los mares de las riquezas; y un esclavo que busca la libertad de su conciencia precisamente en la cárcel del delito; y un hueso dislocado y dolorido que busca la quietud y el acabamiento de su dolor, separándose más y más de sus junturas.

Si, pues, nos separamos de Dios y vivimos inquietos y atormentados, por los caminos de la humildad y el arre-

(1) Eccles., V.



pentimiento, debemos volver á Dios, porque en El encontraremos la paz.

Y como en esta tarde os he de hablar de la vuelta de José, con Jesús y con María, del destierro del Egipto á Nazaret, y esta vuelta es, en cierta manera, una representación de la de los pecadores á la gracia, de esto trataré, asentando como proposición que la conversión de los pecadores á Dios no de otra manera se lleve á cabo que por los senderos de la humildad.

AVE, MARÍA.

---

I

## Arquelao.

Texto ut supra.

Habiendo muerto Herodes, aquel Herodes que, por asegurarse en su trono, mandó degollar á todos los niños de dos años para abajo, de Belén y sus contornos, he aquí que el Angel del Señor apareció en sueños á José, diciendo: *Levántate y toma al Niño, y á su Madre, y vete á tierra de Israel, porque muertos son los que querían matar al Niño* (1). Y todo esto sucedió así, para que se cumpliese lo que el Señor profetizó por Oseas, diciendo: *Ex Aegipto vocavi filium meum* (2). De Egipto llamé á mi hijo. Levantóse José, tomó al Niño y á su Madre y se vino para tierra de Israel. Dejó aquel suelo extranjero, donde sus oídos no escuchaban voz alguna que le fuese inteligible, ni sus labios hablaban palabra que obtuviese respuesta, ni sus ojos veían semblante que le fuese conocido, ni rodilla que se doblara para adorar al verdadero Dios; y solamente veían la pobreza envolver en su andrajoso manto de miseria á aquel Niño inocente y divino, para quien fueron criadas las galas de Sión, y á aquella Madre Inmaculada, para cuyos pies desplegó Dios, como alfombra en el espacio, el manto azul de los cielos.

¡Oh, y qué gozo más inefable se apoderó del corazón de José, cuando escuchó la voz del ángel de sus sueños, mandándole dejar á aquel pueblo, donde no hubo pasto-

(1) Matth., II, 19.
(2) Osee, XI, 1.



res, ni reyes que adorasen á Jesús, ni ancianos profetas que cantasen sus alabanzas, sino cervices miserablemente postradas delante de los altares del demonio! Ahora, el paso del desierto se le hace más largo; el sol, que vomita torrentes de fuego sobre aquellos arenales, lo siente casi más pesado sobre la frente de Jesús y de María; y aquellas frescas palmeras, que antes le convidaron á descansar bajo sus sombras, le parecen ahora, con sus ramas extendidas en forma de rayos, otros soles de la tierra, que le impulsan á marchar más deprisa hacia Judea.

Y no es el fuego del desierto el que le apresura, es el fuego interior de su alma, que ansía verse ya bajo las sombras del templo de Jerusalén, donde los cánticos que escuchen sus oídos sean los salmos de David, y donde los vaticinios de Isaías llenen de gozo su corazón creyente, cuando le hablen de la florecida vara de Jessé, cuya flor, que es Jesús, lleva en sus manos reverentes con humildad, y cuya verde rama, que es María, lo alienta y lo recrea con su virtud. Es el celo por la honra del Señor, el que abrasa su corazón y el que lo impulsa á huir de aquella tierra, donde el culto de los idólatras era continuo oprobio, que, como ofendía á Jesús, caía, mortificante, sobre su alma. *Zelus domus tuae comedit me: et opprobria exprobantium tibi, ceciderunt super me* (1). Caminando, pues, á toda prisa, como quien oye tras de sí acentos de amenaza y gritos de ignominia, llegaron á los confines de Judea, y allí se ensancharon sus corazones y aspiraron con codicia el aire de la patria.

Allá se levanta el Líbano, de cuyos cedros se sirvieron los israelitas para la fabricación del templo de Jerusalén; allí corre entre espadañas el río Jordán, cuyas ondas purifican, y en cuyas aguas tal vez ahora, apagará su sed Juan, el hijo de Isabel y de Zacarías, que ya

(1) Ps. LXVIII, 10.

vive en el desierto. Allá está, triste y sombrío, el valle de Josafat, cuyos sepulcros llenan la memoria con los nombres y las figuras de los patriarcas y los profetas; y allí, en fin, está Belén con su gruta obscura, lugar del más dulce y consolador de los recuerdos. Pero, ¡oh fiera desdicha!, cuando ya está tocando con las manos la felicidad que por tanto tiempo deseó; cuando ya habla en su lengua y es entendido, recibe la noticia de que Arquelao, hijo de Herodes, reina en la Judea, ocupando el trono de su padre.

Este príncipe fué sabedor, como Herodes, del nacimiento de Jesús, y debe guardarle el odio que su padre le tenía, porque, como su padre, teme que le sea usurpado el trono por Jesús. Grande temor cayó sobre el corazón de José, cuando fué avisado de semejante nueva. Pisando está el suelo de su patria; pero ¿cómo internarse en ella, si Jesús está amenazado de muerte? ¿Cómo poner al perseguido en las manos de los verdugos? ¡Ah!, José es el ciervo sediento que, al llegar á la fuente, observa entre las ramas de su orilla los ojos penetrantes y furiosos del tigre que le persigue. ¿Qué hará? Adelantar es imposible, porque es ponerse bajo las garras de Arquelao; y tornarse al Egipto es quebrantar el mandamiento del Señor, que le ordena ir á tierra de Israel.

¡Oh grande dolor y aflicción de José! De la una parte está Dios mandándole que ande, y de la otra, la espada del tirano, levantada en alto, prohibiéndole el andar. Si retrocede ofende á Dios, y si anda, atenta contra la vida de su Dios. Si vuelve atrás se hace esclavo del demonio, y si adelanta, presta fuerzas al infierno en contra de su Dios.

José no es Abrahán, á quien se le manda sacrificar el único hijo en quien Dios le había prometido que serían benditas todas las generaciones, sino que precisamente se le ha puesto en las manos á Jesús, para que lo guarde y lo salve en su niñez de las iras y persecuciones de sus



enemigos. Y salvando á Jesús, no salva solamente al hijo de María, salva al libertador del pueblo judío; salva al esperado por las naciones; salva la predicación de Jesús, que había de ser la fuente en que habían de beber todos los apóstoles de la verdad; salva los ejemplos que de humildad y de mansedumbre había de dar Jesús á las gentes, clarísimo espejo en que se habían de mirar todos los Santos, y salva, en fin, aquella amorosísima Institución, por la cual Jesús se había de quedar con nosotros en la Eucaristía hasta la consumación de los siglos.

Impulsado de todos estos pensamientos que laceran su corazón, como no puede volver atrás, porque traspasaría el mandato del Señor, viéndose entre dos peligros, cae de rodillas delante de Jesús, que es el remediador de todas las penas; y como si aquellos pensamientos hubieran sido dardos dirigidos á su cabeza, en hincándose de rodillas, pasaron todos por alto y vino el sueño á sus ojos, enviado por Jesús, como bálsamo de su dolor.

Pues ahora quiero yo, ¡oh cristianos!, que me digáis si en esta salida de José, de Egipto, y en este dolor con que es mortificado su corazón, no halláis alguna semejanza con la vuelta del pecador á la gracia y con los obstáculos que el demonio le presenta para que tropiece y se vuelva atrás á su mala vida. Estáse el pecador triste y cabizbajo, porque no halla paz en aquellas miserias á que le han reducido sus pasiones. Sus ojos no ven, entre los compañeros de placeres, semblante alguno en que esté retratada fielmente la imagen del Señor; si intenta hablar palabras de verdad y de virtud, no es entendido su lenguaje, y recibe por respuesta la burla y el escarnio. Allí no ve más que miserables desheredados del reino de los cielos; hijos pródigos que, malgastada la herencia de sus padres, apacientan pecados entre el cieno de los vicios; y cervices, en fin, lastimosamente dobladas por la fiera coyunda de las malas pasiones.

En esta melancolía, que da al ánimá la dicha que no

se alcanza y el hastío de los placeres sensuales, siente el pecador la voz de Dios, que llama á las puertas de su alma, diciéndole: Levántate y ábreme, hijo, á quien yo redimí con la sangre de mis venas, y vámonos á tierra de Israel. Y el alma se levanta y obedece la voz de su Dios. ¡Oh, y qué largo le parece ahora el camino que antes en breves momentos anduvo para retirarse de su Dios! Como el sol de su conciencia, vomitando torrentes de luz sobre las sendas de su mala vida, le parece que cae, abrasador, sobre la faz de su Dios y de su Señor. En vano las fuentes del desierto del mundo, en las que antes pretendió inútilmente apagar la sed inmensa de su alma, lo incitan, bullendo y murmurando en su carrera; ahora le parecen fuentes cenagosas y encharcadas, más propias para que los puercos se revuelquen que para que los hombres apaguen la sed de su alma. En vano los placeres, tomando apariencia de lugares de reposo, le convidan á descansar bajo la sombra de sus tiendas. Ahora aquellos placeres le parecen las alas del diablo, que tiende sus redes, y se aparta de ellas, y apresura su carrera con miedo de ser cogido.

No, ya no quiere habitar en los tabernáculos de los pecadores; ya no codicia sus festines; sus ojos se llenan de lágrimas cuando acuden á su imaginación recuerdos punzantes de aquellas horas malaventuradas que gastó en afear y en romper la imagen del Señor, puesta en su ánima. Y cuando, llevado por la gracia que va obrando dentro de su corazón, se encuentra apartado de su mala vida y en el principio, digámoslo así, de la vida de los justos, su corazón se enajena de gozo y prorrumpe en esta manera de salutación: Salve, ¡oh Iglesia de Cristo! Salve, ¡oh paraíso de felicidad, regado por aquellos siete ríos de los Sacramentos, nacidos del corazón abierto de nuestro Redentor! Salve, ¡oh paraíso de la tierra que, como fuiste cerrado por la soberbia de Adán, ahora es abierto por la humildad de Nuestro Señor Jesucristo! En



ti viven los justos, que son perfectas imágenes de Dios; en ti el humilde es el rey que manda á las bestias fieras, que son las pasiones, y es obedecido; en ti la penitencia y la vida escondida en Cristo presta la alegría interior de que estarían dotados por la inocencia nuestros primeros padres; en ti, en fin, vive Dios, no sólo conversando con los hombres, como cuando el céfiro, soplando blandamente, anunciaba su presencia en el Paraíso, sino llamándolos á su mesa y dándose con todos sus divinos atributos en comida y en bebida, para que verdaderamente sean dioses, por la espléndida largueza de su amor, aquellos que condenó su justicia por su desobediencia. Así habla el ánima convertida, cuando, mansamente impulsada por la gracia de Dios, comienza á correr por el camino de sus divinos mandamientos.

Pero he aquí que, cuanto más hondo es su gozo, de repente, una nube de tristeza empaña su semblante, y mientras el corazón es combatido de crueles presentimientos. Es una tentación de Satanás que, como siempre, quiere oponerse á su felicidad.

Por ese camino, le dice al pecador, transformándose en ángel de luz, como vuelves á aquellos lugares en que, tratando de virtud, caíste en pecado mortal, otra vez allí serás vencido y arrojado del seno de Dios, y volverás á tu mala vida pasada. Si, pues, te han de vencer, no entres en batalla. ¿A qué quieres añadir el baldón de un nuevo vencimiento á tus pasadas derrotas? Tórnate á la vida que has abandonado ó déjate estar así.

Y aquella tentación, por la que en otro día fué vencido, se presenta ahora al pecador como irresistible poder y mañero luchador: contra todos los medios de defensa con que cuenta el pecador, tiene la tentación aquella otro género de ataques poderosos en la apariencia. Contra el incipiente amor á la virtud, tiene las ambiciones de la vida; contra el deseo de la mortificación, tiene las contradicciones de la voluntad no mortificada;

contra el escudo de la castidad, tiene la maza de la soberbia; contra el muro de la paciencia, tiene los embates de la ira y de las súplicas, que son como las aves mensajeras, que del castillo en que se defiende envía el ánima á Dios, les corta las alas de la confianza y de la fe.

Terrible es la pelea para quien tiene las fuerzas flacas y aún no cerradas las heridas que recibiera en la otra contienda. Arriesgada es la lucha para quien no tiene la costumbre de vencer, sino antes, la desgracia de ser vencido en todos los encuentros. Oneroso el trabajo que amaga caer sobre las espaldas del enfermo convaleciente. ¿Cómo lo resistirá? O ¿cómo se estará quedo, si en el camino de la virtud el no ir adelante es volver atrás? Volver atrás es locura, estarse quedo es pereza é ir hacia adelante, temeridad. Y aunque es verdad que la salvación de su alma es el motivo que más le debe obligar á hacer obvios todos aquellos obstáculos que se oponen á su virtud, también lo es que tiene obligación de conservarse puro, para no contaminar con su mal ejemplo á sus semejantes, sino, antes al contrario, ser parte con su grano de arena al planteamiento universal del reinado de Jesucristo sobre la haz de la tierra, redimida con su sangre.

Viéndose, pues, en tanto riesgo de ofender la majestad divina, cae de rodillas el pecador, convertido, ayudado de la gracia, delante de Jesús, pidiéndole se digne iluminar su inteligencia y mover su voluntad por la senda de la perfección. Pero veamos antes lo que el ángel aconseja á José que debe poner en práctica, y de aquí podremos deducir fácilmente qué camino debe elegir el pecador recién convertido.



## II

### Nazaret.

Estando el Santo Patriarca José entregado al reposo del sueño, he aquí que se le apareció el ángel del Señor y le dijo que se retirase á las tierras de Galilea. *Et admonitus in somnis, secessit in partes Galileae.* Despertóse José del sueño, y con la memoria de él, se alegró con todo su corazón. Ya no había que temer que Jesús cayese en las manos de Arquelao. El Señor le mandaba retirarse á los humildes y escondidos valles de Galilea y El sería allí su refugio y su fuerza y su ayudador en las tribulaciones. *Deus noster refugium et virtus; adjutor in tribulationibus* (1). Sí, que era el Dios que sacó en sus hombros á Israel de Egipto; el que hizo huir delante de su pueblo las ondas del mar Rojo, como muchedumbre que deja vacía la calle de una ciudad, y convirtió en el desierto las rocas en fuentes para dar de beber á los sedientos de su pueblo. Y si por la libertad de Israel obró su mano todas estas maravillas, ¿qué no hará por la vida de su Unigénito, que es *el resplandor de su gloria?* ¿Qué obstáculos no vencerá su brazo por la salud del libertador de las naciones? ¿Qué nubes no ahuyentará para que sea claro el horizonte de la infancia del Hijo de María?

José comunica á María, risueño, el mandato del Señor, y como ve la alegría en su semblante, se dulcifica más y más el gozo de su corazón. Jesús sonríe viendo la dicha en los ojos de sus padres, y los rescatados del Egipto por el Señor se encaminan á la humilde ciudad de Nazaret poseyendo el gozo y la alegría y huyen de ellos el dolor y el gemido (2). *Et redempti a Domino convertentur et ve-*

(1) Ps. XLV, 2.
(2) Isai., XXXV, 10.